



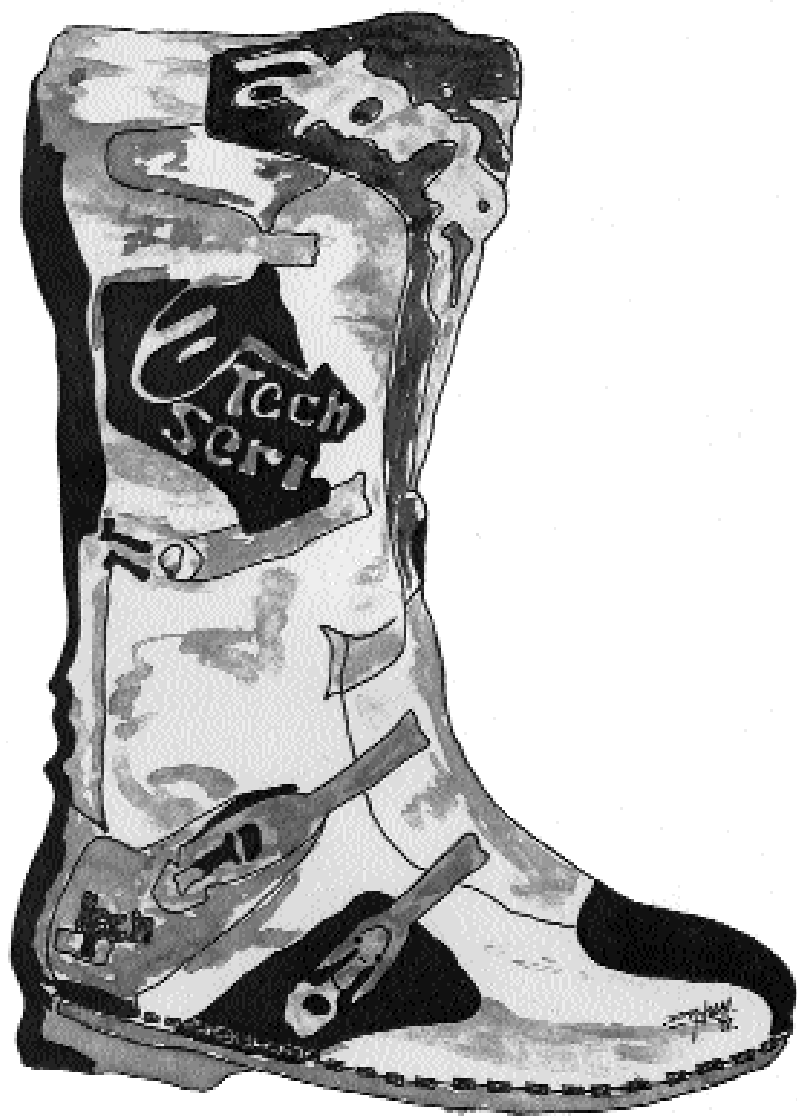
LA BOTICA

Revista Literaria / Literatur Aldizkaria

Nº 4 Vitoria-Gasteiz, Julio 2002. Ejemplar gratuito



JUAN LÓPEZ DE HUEL



CREADORES E ÍNDICE

Portada "La Botica".....	Juan López de Ael
Foto contraportada.....	César San Millán
Ilustraciones interiores (guerreros).....	Iván López
Diseño bota interior.....	Varenka Girbau
Editorial (Jon Uriarte Gómez).....	3
Rosa Regàs.....	4
Mikel Ruiz.....	5
Vicente Arrizabalaga Loizaga.....	7
Carlos Jover.....	10
Jorge Girbau Bustos.....	11
Joseba Fiestras.....	13
Idoia Nanin.....	17
Iban Zaldúa.....	19
Nerea Gallastegui.....	21
Regina Larrucea.....	22
Rafael Moriel.....	24
Lourdes Illera.....	27
Amado Gómez Ugarte.....	30
Nuria Chicote.....	32
Raquel Castro.....	35
Antonio Altarriba.....	36
Arantza Guinea Fernández de Retana.....	38
Javier Fustero.....	39
Victoria Martín.....	40
Luis Arturo Hernández.....	42
José Luis Guillerma.....	43
Rosalía Villaro.....	49
Juan Ignacio Ayora.....	51
Rosa Flores.....	52
Gotzone Redondo.....	53
Pablo Karmelo Sáenz de Urbain.....	55
Marta Rodríguez Martínez.....	57
Arantza Becerril.....	59
Alternativas Literarias (literatura y obsesión).....	61

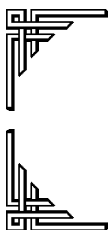
"La Botica", no se hace responsable de la devolución de los trabajos recibidos. Siendo su extensión en páginas limitada, los trabajos recibidos son seleccionados por un comité redactor.

EDITORIAL

(CÓMO DIFERENCIAR EL CAPITALISMO DE LA ANARQUÍA)

Al contrario de lo que se cree, es en el capitalismo en el que cada individuo se busca la vida como puede. El anarquismo es, a mi juicio, científicamente más razonable. En lo primitivo de nuestro grado evolutivo radicaría el error de nuestras interpretaciones al respecto.

JON URIARTE GÓMEZ



“La Botica”, revista literaria, son:
Dirección, redacción, composición y maquetación:
Rafael Moriel, Jorge Girbau Bustos.



Ilustraciones interiores: (guerreros) Iván López

Depósito legal: VI-38-02

Enviad vuestras colaboraciones en texto y disquette al **apartado de correos 511 de Vitoria-Gasteiz**, o bien, por correo electrónico. Números atrasados, pedir por correo.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es

“La Botica”, revista literaria, Vitoria-Gasteiz, julio 2002

POR UNA LIBERTAD ECONÓMICA

ROSA REGÁS

El trabajo de la mujer fuera del hogar es una reivindicación relativamente reciente en la historia de los derechos de la mujer. De hecho, sobre el trabajo remunerado, se asienta su libertad económica que junto con la libertad sexual será la base sobre la que la mujer pueda asentar su equivalencia con el hombre. Y sin embargo la mujer ha trabajado desde siempre, me atrevería a decir incluso más que el hombre. En las sociedades agrícolas que todas las civilizaciones, sobre todo las del tercer mundo, son las mujeres las que trabajan el campo, además de atender a los trabajos del hogar. Y lo mismo ocurre en las fábricas y talleres. La revolución industrial habría sido imposible sin la mano de obra de las mujeres, siempre más barata que la de los hombres, y el relativo resurgir económico del mundo pobre que hoy intenta desarrollarse bajo el dominio y las directrices del Fondo Monetario Internacional suministrando a Occidente productos manufacturados más económicos de los que además tendrá que pagar derechos de patentes o regalías, no se podría llevar a cabo sin el concurso de millones de mujeres trabajadoras. Pero la remuneración por este trabajo sigue siendo en buena medida subsidiario del bolsillo del hombre, es decir, es el hombre el que dispone de él, el que controla la economía doméstica. Porque así está estratificado el orden social y defendido por gobiernos y religiones.

Cierto que las mujeres trabajadoras hemos de reivindicar la remuneración por el trabajo en el hogar, e igual salario por igual trabajo, lo que aún hoy y aquí deja de ser una realidad. Pero la verdadera reivindicación, la base de todas ellas, es que los millones de mujeres que trabajan en las fábricas y en el campo del tercer mundo, del segundo y del primero, dispongamos de esta remuneración. Y esto sigue siendo lo más difícil de admitir en las sociedades dominadas aún por instituciones, normas y creencias cuya estructura se basa en la inferioridad declarada de la mujer. Porque de lo que se trata es de aprovechar la mano de obra barata sin que la remuneración suponga una verdadera libertad que en este mundo en que vivimos, nos guste o no, sólo la da la libertad económica. Y la sexual.

Ametsetan nabil beti, batzutan goxoak, gaiztoak bestetan, baina beti amaiera bera dutenak... Norbaitek pentsa dezake beharrizana krudela dela gu esnatzeagatik, baina askotan hori da geure salbazio bakarra, zeren ametsetan egoteagatik ez ohi gara konturatzen besteek esnatuta daudela, eta azkenean gure mundu osoa hankaz gora dagoenean bakarrik esnatzen gara.

-E! Aizu! Entzun!

Bai, esnatzea diot, eta ez ohetik altxatzea, gauean, berriro arropa eranstea, oraindik pasa den hilabeteko ametsean murgildurik egon baikaitzke, amets egitea eta lo egitea gauza bera ez delako, sentimendu bakar bat ametsa izan daitekeelako.

-Ez egin tontakeriarik!

Maitasuna adibidez. Guztia da samurra, denok pozik daude, tristurak ez du lekurik maitasunaren ametsetan. Hilabeteak eta urteak irarun dezakeen sentimendua, ala agian egunak edo minutuak bakarrik.

Beitu zenbat jende etorri den...

Baina ameslariak bi baino, bat gehi bat direnean, hots amets horretatik esnatzean, eta mundu honen zikinkeri guztia ikustean, olatuen hotsa ekaitzaren zarata bihurtzean da, ametsa amesgaizto, maitasuna gorrotoa.

-Fokuak hemen daude nagusi.

-Ez piztu oraindik.

Amet bitxia gorrotoa. Maitasuna baino arraroagoa. Nola adierazi gorrotoaz sentitzen den lasaitasuna, hostasuna. Norbaitek ulertuko balu... Hain da itsusia gorroto hau non ezin naizen ikaratu. Hain da sakona, non amodioaren zauriak ezin diren itxi, noizbait polita izandako garai bateko oroimenak ahaztu ezinik munduaren koloreak galtzen direla.

-Neska bat etorri da. Ezagutzen duela dio.

-Ekarri hona! Agudo!

"El servicio contestador de telefónica le informa de que tiene mensajes", entzuten nuen nire buruan. Behin eta berriro etxera ailegatzen nintzenean eta, bere mezu bat, bere ahotsa berriro entzuteko beharrean, telefonoa hartzen nuenean.

Nire azken ametsa; bakardadearena. Azkena bai, zeren zertarako egingo dut amets, inork ez banau esnatuko?

-Ai ene! Zoratu egin da! Zer esan behar diot orain?

Zertarako! Egin dezakedan gauza bakarra paper bat hartu eta bertan, luma baten laguntzaz, nire amets guztiak islatzea da, neure konfesorea bilakatuz.

Baina horrek ez ninduke kontsolatuko, ez lituzke nire penak isilduko.

-Jon! Entzun! Barkaidazu, ez nizun minik egin nahi, baina badakizu nolakoak diren honelako gauzak... Bai, noizbait maite izan zaitut, baina hori bukatu da. Jadanik bukatu da. Oraindik asko estimatzen zaitut, benetan. Ez dut uste zuk bezain ondo ulertuko nauen gizonik aurkituko dudanik. Horregatik uste dut oso lagun minak izan gaitezkeela. Ez egin orain tontakeriarik, entzun? Ez du pena merezi...

Egia da, jadanik ez du pena merezi. Ez duzu pena merezi.

-Joder! Salto egin du! Salto egin du!!



LAS GAFAS DE RAMOS

VICENTE ARRIZABALAGA LOIZAGA

iy o uso gafas! Sí, ya sé que en esta época de sesudos comentarios y enjundiosas opiniones escritas, hacer una aseveración sobre una cosa tan banal como la anterior pudiera parecer un ejercicio extravagante. No obstante, llega el momento en el que cada persona debe ahuyentar sus fantasmas del pasado.

Mi relación con la escuela del franquismo debe ser atípica: Nunca me hicieron cantar el "cara al sol", ni arriar la bandera bicolor; logré saldar mi primer escolaridad con apenas algún cachetazo y un par de bofetadas, y aunque alguna vez me adoctrinaron sobre los peligros de la carne, desde luego no consiguieron que me hiciera vegetariano.

Sin embargo, esta Arcadia feliz de mi infancia se ve cercenada por un recuerdo que el paso del tiempo no ha conseguido aventar. Pongámonos en situación: hace bastante más de treinta años, quien esto suscribe era un niño alegre y animoso que acudía a su colegio, exclusivamente masculino, dispuesto a curtirse en las experiencias de la vida:

Cierto día, contando con seis años, un avisnado fraile dedujo que mis extrañas miradas al tablero de clase se debían a una incontinencia visual. Tras el preceptivo reconocimiento óptico, ésta se convertía en una miopía galopante que me ha acompañado durante toda la vida, aumentando cíclicamente y cuya única ventaja ha consistido en librarme del antiguo Servicio Militar Obligatorio, de forma fulminante. Como consecuencia de lo antedicho me plantaron unos impactantes, horribles y antiestéticos anteojos de pasta negra que se aposentaron entre mis orejas cubriendo toda mi faz. No tenían nada que ver con esas gafas actuales de sofisticado diseño posmodernista que tanto adornan ciertas fisonomías mucho más agraciadas que la mía.

Lo que pudiera considerarse como un hecho baladí supuso, sin embargo, el inicio de una fuerte desazón que contribuyó a que me aumentaran los complejos. Mis gafas -era el único que las usaba en toda la clase- fueron objeto inmediato de burla y escarnio entre mis compañeros. De la noche a la mañana perdí el signo de mi bizarro apellido para pasar a ser motejado con todas las derivaciones posibles de la palabra "gafas". En esa época tan sólo me aliviaba el hecho de no haber sido además orejado o cabezón.

Y es que al niño con gafas se le suponía un estado de sumisión y apocamiento de ánimo; impresión absurda que la crueldad innata de los niños contribuía a fomentar. Por tanto, pegar a un gafoso suponía un abuso consentido. Mis intentos por sustraerme del determinismo que emanaba esa idea, resultaban baldíos.

En este estado de las cosas tomó nuevo protagonismo un niño cuyo ensañamiento hacia mi persona adquiría caracteres casi patológicos. Se trataba de Ramos, un sujeto malencarado, precozmente repetidor y mayor que yo, que parecía disfrutar con especial delectación haciendo daño al débil y acomplejando al acomplejable.

Mi aditamento facial no mediatizaba mis ansias deportivas, aunque no se conociera a un futbolista con gafas. La situación de desamor con el proceloso personajillo antes citado, llegó a su punto culminante durante un recreo, en el que un fuerte balonazo de Ramos impactaba en mis gafas con tan mala fortuna que éstas saltaron hechas añicos. Mientras recogía los pequeños pedazos y pergeñaba mentalmente la explicación que daría a mis padres ante este incidente, que además erosionaba la economía familiar, observé en su rostro una siniestra sonrisa con la que sin duda se regodeaba de mi desgracia.

Totalmente desarmado moralmente, mi vida iba languideciendo con resignación entre las crueles bromas y los complejos adquiridos, abatido ante la superioridad física de mi encarnizado enemigo. ¡Cuánto llegué a odiarle!

Sin embargo, llegó el día en el que apareció el rosicler de mi vida. Todo hacía prever que aquella iba a ser una jornada como las demás. Me dirigía hacia el colegio con esa asunción trágica del que ve como inevitable el abuso del más fuerte. Llegada la hora del

recreo, con cierto temor, oteé por el amplio patio buscando la sombra de mi contrincante. Le vi de espaldas, golpeando un balón contra la pared. Al principio no advertí nada raro en él, pero a la vez que me acercaba, mi corazón dio un vuelco. Al volverse comprendí todo de golpe. A mi odiado enemigo, al brutal Ramos... ¡Le habían puesto gafas!



*Surge de mi mano una cadena de vacilaciones.
¿He de apretar más ese cuello de cisne que se ahoga ante mis ojos?
No tiene pérdida, siempre que te mantengas
en el ámbito de sombra que ya conoces.
Las hormigas fluctúan en esa penumbra y les va bien.
Son tenaces, y no vacilan. Juntas escriben mensajes con sus
cuerpos en movimiento
y los desocupados como yo los descifran añadiendo una
vacilación más a sus vidas.*

*Porque el mensaje que deletrean es que no hay mensaje,
que la Naturaleza está muerta por encima de toda apariencia
y que todo lo que surge ante nuestros ojos es ya ceniza,
como esas estrellas brillantes en la noche, que ya no existen
más que en el destello.*

*Pálpito que fue y ya no es el mismo pálpito,
la procesión de hormigas grafómanas se prolonga en el pozo
de los siglos
sin avanzar nunca nada, como si escribiesen una sola letra
circular alrededor nuestro,
a modo de garrote vil en torno a nuestro cuello.*

¿Apreteta?

"No hay que tener miedo de la pobreza, ni del destierro, ni de la cárcel, ni de la muerte... De lo que hay que tener miedo es del propio miedo"
Epicteto.

Cuando yo era un niño llegó la nueva vecina y se instaló en el piso de debajo del nuestro.

Valentina rondaba los ochenta años, tenía un aspecto muy descuidado y la voz cascada.

Aquella noche tuve una pesadilla: estaba jugando con una pelota en las escaleras de mi portal, cuando de pronto, ¡zas! Apareció ofreciéndome caramelos, entré en su casa; dijo que tenía muchos juguetes, cerró la puerta con llave y gritó: ¡ya no podrás salir! Entonces desperté.

Ese sueño me quedó grabado como un tatuaje. Procuraba evitarla. Con el tiempo fui conociendo sus horarios.

Hoy, sentado en mi escritorio, narro la historia de Valentina. No sé si lo he dicho, nuestra protagonista cojeaba. Llegué a pensar que Dios le había castigado por sus malas acciones, ¿pero, qué malas acciones?

Cada niño imaginaba cosas horribles, difundieron mil rumores: secuestros, asesinatos...

Volvamos a la mañana invernal del primer encuentro:

Un amigo nos contaba historias sobre brujas halladas en antiguos palacios. Estábamos allí, sentados en un banco enfrente de casa, oímos el ruido de un coche, miramos detrás nuestro y vimos un taxi; se detuvo, Valentina tardó unos segundos en apearse. El taxista acompañó a la vieja cargando su equipaje hasta mi portal. Al momento la relacioné con una de esas brujas que aparecen en los cuentos.

La noche de su llegada subió a casa para presentarse, abrió mi hermano. Preguntó: ¿Está tu madre? Estuvieron hablando dos largas horas.

Yo pensaba que era un chico valiente, ¿cómo podía tener miedo?

Mi hermano y yo dormíamos en el mismo cuarto.

-¡Tato!- Dije.

-¿Qué enano?

-¿Tienes miedo?

A él esa pregunta le había sorprendido pero no la respondió.

Pasaron los años; fui olvidándome de la anciana. Aunque seguía viviendo abajo.

Me mandaron a casa de Valentina para buscar algo de sal.

Cuando llegué a su puerta recordé el miedo que sentía antaño, tardé en tocar el timbre. Se hizo esperar unos segundos antes de abrir.

-Hola, me manda mi madre, ¿tiene un poco de sal?.

-Sí entra.

No reaccioné.

-¡Vamos entra!... ¿Qué pasa, tienes miedo?

Se dirigió torpemente hacia su cocina, la seguí.

-¿Quieres algo, una limonada, unos cacahuetes?

-No gracias sólo sal.

-Anda toma algo y siéntate a charlar un poco con esta vieja.

Me senté indeciso mientras me servía lo más rápido posible la limonada y los cacahuetes.

- ¡Tómate esto! -Me dijo.

Probé los cacahuetes y bebí un sorbo de limonada, reparé en el libro que estaba sobre la mesa, ella sonrió y abriéndolo por una página cualquiera leyó:

-No hay que tener miedo de la pobreza, ni del destierro, ni de la cárcel, ni de la muerte... De lo que hay que tener miedo es del propio miedo.

-¿Quién lo dijo? - Pregunté.

-Un filósofo de la antigüedad, se llamaba Epicteto.

EL MIRADOR REFLEJADO

JOSEBA FIESTRAS

Emulando a la Alicia de Lewis Carroll, asisto a través del espejo a un 'sarao' en el que Humphrey Bogart, James Dean y Marilyn degustan una copa juntos ante la atenta mirada de un Elvis alicaído porque ya pocos le recuerdan como el 'rey del rock'. Jack Lemmon y Walter Mathau, esa 'extraña pareja', se alegra al comprobar que Billy Wilder ha acudido a su cita, ya temían que el Dios de Trueba les fallara una vez más. Al genio austríaco le reciben con los brazos abiertos, salvo el tuerto Ford que no le perdona que abandonara su carrera sin rodar ningún western.

Bette Davis adopta una pose glamurosa mientras saborea un bourbon y dos Beatles, John y George, echan de menos a la otra pareja del conjunto, que aún no ha llegado a la fiesta. No muy lejos, Sinatra reúne a su clan y planean nuevas fechorías. A Dean Martin no le ha gustado la nueva versión que han hecho de la mítica 'La cuadrilla de los once', pero su colega Sammy Davis Jr le riñe por no dejarse llevar por los nuevos aires del cine moderno.

Charles Chaplin, vestido de Charlot, da giros a su bastón esperando impaciente a su amigo Buster Keaton que ya puede reírse a gusto, el contrato que le impedía sonreír finalizó hace tiempo y a 'Pamplinas' ya nadie le llama 'cara de palo'. Detrás de Chaplin, Groucho se fuma un enorme habano, el tabaco no hace daño a nadie en esta fiesta.

Walt Disney se pasea de un lado a otro con semblante preocupado. El genio de la animación no entiende por qué está todo el día congelado si la temperatura del ambiente es más bien cálida. Su compañero, el recién llegado Chuck Jones, se imagina la causa de su estado, pero prefiere guardarse el secreto.

Suena la música, es el timbalero Tito Puente, que desde hace poco tiempo es el encargado de animar todas las celebraciones. A Fred Astaire no le gusta demasiado su música y juguetea con sus zapatos de claqué recordando cuando danzaba hasta por las paredes.

Sin embargo Gene Kelly sí disfruta al son de la salsa y saca a bailar a una increíble Rita Hayworth, cuya pelirroja melena ondea ruborizando al tímido Spencer Tracy que se muere por darle un beso.

En una esquina, rodeado de pájaros, Alfred Hitchcock narra tenebrosas historias de suspense a una pequeña audiencia. Robert Mitchum no se asusta y prefiere darle al bourbon, pero Lucille Ball, Kim Novak y Natalie Wood se abrazan cuando el orondo cineasta representa un cruel asesinato en la ducha.

John Wayne se quita el sombrero tejano para saludar a la bellísima Ava Gardner, que sigue coqueteando con los toreros Mario Cabré y Luis Miguel Dominguín. Orson Welles se acerca a la escena y, con su genuina ironía, pregunta por la cornamenta de los astados a los diestros españoles. La risotada exagerada de Ernest Hemingway se escuchó desde lejos.

No tarda en llegar al convite el atractivo Cary Grant. El actor, vestido de etiqueta, guiña un ojo a la bellísima Audrey Hepburn, que tiene más cara de ángel que nunca. Grant hace una cómica pirueta al percatarse de la presencia de su amigo Gary Cooper, a quien saluda y propone alargar la juerga hasta la madrugada y jugar una partidita de póker con David Niven y Glen Ford. Clark Gable, que escucha desde lejos la conversación gracias a sus amplios pabellones auditivos, quiere apuntarse a la timba, pero no le dejan porque saben que el seductor de diminuto bigotito siempre se guarda un as en la manga.

La trompeta de Louis Armstrong altera el festejo. El veterano músico goza hinchando al máximo sus carrillos y soplando su viejo instrumento del que surgen deliciosas melodías que pintan la noche de jazz. La ronca voz del artista invita al respetable a mover el esqueleto, pero dos actores de aspera voz, Pepe Isbert y Paco Rabal, prefieren continuar su tertulia sobre lo mal que anda últimamente el cine español. A la conversación se suma Fernando Rey, un quijotesco intérprete que anda ultimamente inquieto porque le han dicho que un colega va a quitarle el papel del ingenioso hidalgo. Camilo José Cela, que acaba de entrar, le da unas suaves palmaditas en la espalda y le tranquiliza: "Nadie lo hará nunca mejor que tú". Un experto en guateques, Peter Sellers, trata de ligarse a la guapa

Grace Kelly, pero su afición al alcohol hace que acabe dormido borracho debajo de una mesa. La actriz prefiere olvidarse del torpe inspector Closeau y sonríe ante la pícaro mirada que le lanza el alopécico Yul Brynner. La pareja entabla una breve conversación y se aleja un poco del barullo para dedicarse unas tiernas carantoñas. No son los únicos que acaban acaramelados, Greta Garbo y Víctor Mature llevan ya un rato largo besándose apasionadamente. Nadie apostaba por la continuidad de un dúo tan extraño, pero el amor es así, no le busquen otra explicación.

Marcello Mastroianni recibe con los brazos abiertos a su amigo Vittorio Gassman, que se encuentra un poco despistado porque acaba de aterrizar en el idílico 'sarao'. Y de pronto, un alarido sobrecoge al personal. No, no ha pasado nada, es Johnny Weissmuller que sigue gritando imitando a Tarzán. Una malhumorda Joan Crawford reprende al campeón olímpico de natación, que se retira cabizbajo.

Sentados en un diván, Pablo Picasso y Salvador Dalí comentan las raras tendencias por las que se mueve el arte actual y reniegan de ciertos museos en los que sus lienzos comparten pared con otras pinturas que a ellos les parecen horrorosas. Xavier Cugat se les acerca y, en voz baja, les da la razón.

El reloj ya no marca las horas y Antonio Machín inicia una serenata con la que pretende impresionar a la temperamental Lola Flores. Ésta, con ese carácter que le caracteriza, enseña a su hijo a bailar flamenco, y Antonio, que no se despega nunca de su madre, le hace caso a medias ya que en su mente anidan mil canciones por descubrir.

Marlene Dietrich conversa con Steve McQueen sobre la velocidad con la que pasa la vida, y el actor, mirándola de reojo, le dice que él prefiere la velocidad de los coches de carreras. La noche toca a su fin, mientras James Stewart y Henry Fonda estudian seriamente la oferta de Stanley Kubrick de protagonizar su próxima película, una fantasía de ciencia-ficción en la que la vida y la muerte se dan la mano. Deseosas de participar en el proyecto, Olivia de Havilland y Vivien Leight se pelean ya por el papel de la protagonista femenina.

Un tenue reflejo me indica que el espejo me llama. Me acerco lentamente, observando los diferentes grupitos que hay a mi alrededor. Abandono la estancia y vuelvo a una realidad absurda en la que nunca volveremos a disfrutar de reuniones festivas como la que acabo de abandonar. Pero la vida sigue y a uno sólo le toca la compleja tarea de reflejarla sin dejarse llevar por la imaginación. Así que como diría aquel: "¡Eso es todo amigos!".



Ana se despierta con el siseo de las sábanas al
rozar su cuerpo desnudo.

**Soñando con vivir en las nubes. Estira el brazo, cruzando la
frontera.**

Encuentra las sábanas frías y ausentes.

**Un lecho deshecho por la pasión y el desorden. Un segundo
de temor.**

¿Realidad o ficción? ¿Dónde estás?

Van aflorando los sentidos.

El aroma del café la reconforta, acercándola a la realidad.

¡Él esta aquí. !

**Canciones del pasado con su voz lo confirman. Vive atrapada
en una pompa de
jabón.**

Su realidad es un sueño, soñado y vivido a punto de reventar.

**Entra en lo cotidiano con la frase de los últimos veinticinco
años.**

¡BUENOS DÍAS, AMOR!

Hoy te amo
con la fuerza de un volcán,
desde los entresijos de mi montaña.

¿Quizá también te ame mañana?

**Si hoy no me amas
con la fuerza de las olas,
cerca de las dudas y las dunas.
¿Quién sabe?**

¿Quizá me ames mañana?

**Pero, ámame hoy
con el aliento de la brisa,
sobre el filo de la cascada.**

¿Quién sabe?

¿Quizá no te ame mañana?

Ya es julio y por las mañanas las calles de la ciudad se llenan de niños. Van en grupos de aquí para allá, vestidos de manera semejante -visera roja, camisa blanca, una mochila con el anagrama de la caja de ahorros-, siempre bajo la atenta mirada de los jóvenes monitores: estamos en plena temporada de colonias municipales. Estos mediopensionistas del tiempo libre siempre han despertado mi curiosidad, y por eso me siento todas las mañanas en este banco de la plaza, pues por aquí pasan a menudo algunos grupos. Vienen cogidos de la mano, cantando -"Están el cocodrilo y el orangután..."-, es hit incombustible verano tras verano-; en otras ocasiones pasan corriendo delante de mí, a la búsqueda y captura de pistas escondidas.

Hoy he abandonado mi banco y me he unido a uno de los grupos. Soy bajito y no me ha costado mucho camuflarme entre los niños; le he dado un sopapo al que me ha tocado al lado y le he quitado la visera para mejorar mi caracterización. De todas formas, como solía decir mi ex, siempre he tenido cara de niño.

Hemos deambulado de un extremo al otro de la ciudad. Después de entretenernos con una serie de juegos que no he terminado de entender del todo, nos hemos parado a descansar en un parque y nos han repartido unos sandwiches. Después del almuerzo, se me ha acercado el niño de la visera. Me ha dicho que se llama Aimar y ha intentado recuperar su gorra, desafiándome a jugar una partida de GameBoy, pero le he ganado con facilidad y, además de la visera, me he quedado con su Nintendo. Hemos vuelto cantando hacia el centro de la ciudad; Aimar se ha quedado atrás, como avergonzado. Pasado el mediodía hemos llegado al lugar en que nos esperaban los padres; todos los niños, y yo también, nos hemos abalanzado sobre ellos. Todos, menos Aimar. La madre de Aimar

me ha tomado en brazos, con mucho cariño, y me he dado cuenta de que se parece mucho a mi propia madre, aunque, claro está, es más joven y guapa que la mía. La he abrazado y le he dado un fuerte beso en la mejilla.

Veo a Aimar sentándose en mi banco de la plaza. Parece un poco deprimido, pero enseguida ha empezado a entretenerse con las palomas.



CHOCOLATE DE CEREZAS EN LICOR

NEREA GALLASTEGI

¿Sabes en qué pienso mientras saboreo este chocolate relleno de cerezas en licor? Mientras la amargura del chocolate se mezcla con la empalagosa dulzura del licor y las cerezas, ¿sabes en qué pienso? ¿Sabes en qué pienso mientras mi lengua acaricia la aspereza del chocolate, la liquidez del licor y la suave textura de las cerezas? Mientras imagino el chocolate negro, el licor amarillento y las rojas cerezas deslizándose por mi garganta, ¿sabes en qué pienso? ¿Sabes en qué pienso mientras evoco el dulce aroma de este chocolate relleno de cerezas en licor? ¿Sabes en qué pienso? Pienso en ti. Pienso que has sido para mí como este chocolate relleno de cerezas en licor, amargo pero dulce, áspero pero suave, negro pero rojo. Pienso que has sido todo para mí, pero que ahora no eres nada.

Y pienso que se te olvidó, o quizás se me olvidó a mí, bueno, se nos olvidó, a los dos, que lo que une al chocolate con las cerezas, es el licor.



ADOLESCENCIA

REGINA LARRUCEA

La noche caía sobre los campos fría y amenazante. Su oscuridad sólo era profunda por la débil luz que provenía de una chavola erigida en medio de los prados. Ella, sentada, acurrucada en uno de los rincones de la habitación, escondía la cabeza entre las rodillas. Temía que las sombras la alcanzaran y se la llevaran con ellas.

A medida que transcurrían las horas, la oscuridad se iba disipando poco a poco y la enorme y fría habitación parecía menos fría y enorme.

Se despertó con uno de los primeros rayos de luz que aclararon definitivamente el lugar. Temía que la oscuridad volviera a por ella.

Se acercó al espejo. Tras mojar su cara con la escasa cantidad de agua que había conseguido retener entre sus manos, alzó la vista a cámara lenta y miró fijamente aquel reflejo que no se atrevía a reconocer como suyo.

Sabía que no podía negarlo, que los espejos no mienten, y que allí, sola, en aquel water maloliente, no había nadie a quien engañar. Delante de aquél, su reflejo, dejó por fin de fingir ser alguien que no era y una oleada de miedo la golpeó con ferocidad.

Unos gusanos, cucarachas y serpientes aparecieron de la nada y fueron cubriendo el espejo hasta ocultarlo del todo. Asustada, dio un portazo y salió corriendo.

Jadeante, huyó montaña arriba. Al llegar a la cima no encontró nada y entonces, tuvo que volver a bajar. La noche se acercaba, amenazante. Tras un largo y tortuoso recorrido de vuelta a casa, llegó a lo que le pareció era un parque. Se encontró rodeada por árboles enormes y oscuros con caras burlonas en sus troncos. De pronto, una melodía de lúgubre sabor empezó a sonar por entre las ramas y se dio cuenta de que no era un parque sino un cementerio

de sueños.

Y corrió y corrió entre lápidas y estatuas que trataban de alcanzarla, y siguió corriendo y corriendo entre tumbas y almas perdidas que se lamentaban. Empezó a llover. Las gotas de lluvia le empapaban el rostro y la ropa. Y corrió y chilló sin rumbo fijo, para huir de los lobos.

Mientras, la noche, poco a poco, se apoderaba de todos y cada uno de los rincones. Huyó de las sombras hasta llegar a un mausoleo abandonado por el que asomaba una tenue luz. Se detuvo ante aquel lugar que parecía ser su salvación. Hizo de tripas corazón y se adentró en él.

La pesada puerta se cerró con un golpe seco a su espalda. Ella se giró bruscamente. El pelo mojado se le pegó a la cara y en unos pocos segundos se formó un charquito bajo sus pies. Se quedó atrapada en aquella cripta de monstruos sanguinarios con sonrisas sarcásticas en sus rostros pétreos. Les gritó hasta perder la voz mientras daba vueltas y más vueltas.

De repente, sintió un ligero golpe en la espalda y se dio la vuelta. Vio una tumba abierta con un cadáver. Al mirar el rostro del fiambre descubrió con espanto que se trataba de su cara. Se cubrió con las manos. Chilló como nunca antes lo había hecho, pero cuando abrió los ojos el ataúd había desaparecido. Se echó las manos a la cabeza y lentamente, se acurrucó en una esquina. Escondió la cabeza entre las piernas amoratadas por el frío y esperó a que todo pasara.

Su llanto ahogaba el ruido de la lluvia que caía incesante y provocaba goteras que la rodeaban. Y siguió temblando y llorando entre nubes rojinegras con luminosos rayos.

Y allí se quedó, en su esquinita, esperando a que amaneciera. De pronto, la luz se apagó. Ella alzó la mirada y su respiración se detuvo. No podía ver nada en la oscuridad y se escucharon unos pasos acercándose poco a poco, al compás de las gotas que caían del techo, y una risa burlona resonó entre las sombras. Ella supo entonces que la madurez estaba esperando, allí fuera, en el cementerio y que por mucho que huyera no podría esconderse.

LAS CALLES Y SU CINTURA ME GRITARON ESTÁS SOLO

RAFAEL MORIEL

Recuerdo bares, mucha gente. La música alta y las copas, botellines en las manos. Recuerdo empujones, chicas guapas con pantalones bonitos. Recuerdo cigarrillos, humaredas de cigarrillos y canciones con melodías como cassettes de chistes baratos de los que venden en gasolineras. Recuerdo cervezas y olor a porro, copas de vino y whiskies.

Me apoyé en la barra de un bar para sujetar mi ebrio cuerpo y alguien me preguntó si sostenía yo a la barra o ella lo hacía conmigo.

-Es el único modo que encuentro de expresarme... A veces necesito hacerlo... -le dije creyendo que me había preguntado el por qué de mi borrachera.

Recuerdo chicas con relojes de pulsera, olor a champú y brillo de cabellos entre la multitud de pequeños bares abarrotados de gente.

Recuerdo chorros de meada transparente y mi vaso de whisky sobre el depósito del agua de la bomba, sentimientos de culpa y placer simultáneos con mi orina golpeando el pozuelo del retrete. Recuerdo la una de la noche, las dos, las cuatro, espaldas de amigos regresando a casa. La mayoría solos, tan sólo uno de ellos agarrado por el hombro de una muchacha.

Me recuerdo más etílico todavía, junto a muchos más idiotas como yo, escuchando un montón de música para borregos. Recuerdo máquinas de cigarrillos y juegos de luces azules y rojas y amarillas parpadeando, y una niña mona me preguntó a la salida de un bar qué era para mí el amor.

-El amor es lo más bonito del mundo... -le respondí muy serio y sin esperanza, tal que un loco sabio que no cesa de tener alucinaciones. Había otra chica sentada en un portal que se puso muy fea sacándome la lengua y entonces volví la cara sin poder evitar fijarme en otra de expresión retorcida que me observaba. La miré. Nos

observamos un rato y más tarde caminábamos juntos. Sus brazos eran delgados y creo que tenía muy malas pulgas además de treinta y muchos tacos en un cuerpo de adolescente con dos ojeras marrones. Anduvimos por ahí durante unas dos horas, y a partir de entonces y hasta mucho después quise olvidar todo aquello que no me la recordara pues ninguna otra cosa merecería la pena aquella noche.

La recuerdo a mi derecha cruzando pasos de cebra, carteles pegados en las paredes, luminosos sobresaliendo de las calles. Recuerdo manos en los bolsillos y conversaciones sobre hermanos y hermanas y alquileres y plazos de coche, y como enmarcado en un fresco poseo el momento en que la abracé para besarla, en el mismo instante en el que rodeé su cintura.

Recuerdo cómo amaneció.

Desayunamos en un bar. Ella tortilla de patata y café. Yo, un bocadillo de jamón, una Coca-cola y un botellín de agua. Entonces sentí que ya no podía más. El cansancio y la resaca me vencían. Ya me había expresado bastante aquella noche.

Salimos a la calle. Había un pub que abría a las seis de la mañana. Entramos. Había allí más idiotas y borrachos reunidos que en todo un campo de fútbol hasta los topes. Ella quería bailar. Maldición, yo nunca bailo. Sólo bebo, y si se terciar podría aporrear una eléctrica cantando temas de melenudos. Pero bailar... jamás.

Se puso a bailar. Todos aquellos orangutanes en celo empapados en alcohol se percataron de que era preciosa. ¡Oh, Dios!... Nunca entendí cómo los cerdos veían hermosura allá donde yo la veía; era como si yo mismo incorporase algo de puerco, acaso la nariz y el rabo, además de buen gusto y un corazoncito latiendo en mi pecho. A nadie amarga un dulce, ni siquiera a las alimañas, me dije estúpidamente para intentar justificarlos.

Pensé en beber algo, me sentía tímido, sin saber qué hacer con mis manos. Al rato ya la rodeaban cuatro o cinco simios uniformados a la moda. Joder... no merece la pena tomar nada, ni siquiera continuar aquí, pensé. Me acerqué a ella. Sabía que de todos ellos yo sería su príncipe azul.

-Me marchó, guapetona -le dije de sopetón. Me di la vuelta y salí de allí con rapidez, sabiendo que me seguiría.

Me mantuve lo suficientemente visible como para que se me viese a lo largo de la calle, caminando por mitad de su acera. Fueron unos minutos de emoción contenida aguardando un grito que me llamara por mi nombre.

Ella me seguía de cerca. Poco a poco me alcanzaba. La esperaba con ansia y el recuerdo de aquella cintura delgada y bonita era todo lo que había en mi cabeza. Una vez en el portal de mi casa me giré para poder verla. Era su última oportunidad.

La calle estaba desierta. Nadie me había seguido. Las calles, muy crueles, me gritaron entonces: "¡Estás solo!"..., y pude oír su eco resonando entre las paredes, y me llevé las manos a la cabeza y cerré los ojos hasta que cesó el ruido. Abrí la puerta del portal y corrí escaleras arriba.

A mi amigo Jorgito por no hacerle ni caso, que gustaba del relato y no hacía sino decirme: "sácalo... sácalo Rafa...". Por eso y por lo de compañeros de fatigas en nuestra revista literaria. Un abrazo.

Jorgito, "sacado" está.



BALANCE

Yo lo contaba todo,
tus cigarrillos, cada día más,
mis insomnios, cada noche más largos,
tus excusas, mis copas,
nuestras discusiones,
y las reconciliaciones.

Tus antiguas novias,
mis otros amores,
la frecuencia de tus abrazos,
el aumento de tus silencios,
la disminución de tus besos,
el rendimiento de mi entrega,
los intereses de tus mentiras,
el balance de mis ilusiones

y el saldo de nuestra despedida.

MAGIAS NOCTURNAS

M*i deseo, mago tramposo,
sacó del pañuelo de la noche
tras pañuelos de colores, un as de copas,
y un espejito redondo
para contemplar la nostalgia,
hechicera aprendiz que convoca montañas,
y bosques, y un continente entero
pero sin mar,
sin él para evitar tentaciones
en las madrugadas negras
de tu ausencia,
cuando el recuerdo de lo irrepetible,
la imposibilidad de lo repetible
golpea mi corazón
con la fría certeza
de tu olvido.*

CLARIVIDENCIAS

La claridad y las videncias
no se llevan muy bien.

La luz, que entra por los ojos,
rara vez,
casi nunca,
llega a los pasadizos subterráneos
que defienden el corazón.

Las videncias
e-videntes
que nacen del corazón,
rara vez,
casi nunca,
llegan a los ojos
que defienden la ceguera del amor.

LE DIJE A LADY DI QUE NO HICIERA PIPÍ

AMADO GÓMEZ UGARTE

Maldita perra. Le había advertido mil veces que no estaba dispuesto a soportar por más tiempo su manía de levantar la pata en cualquier sitio y soltar su orina. Pero ella no hizo caso, y en la primera oportunidad que se le presentó, volvió a hacerlo. La monja nos estaba vigilando, como todos los días. Perseguía con la mirada nuestro paseo matutino a lo largo del jardín del sanatorio. Yo llevaba a Lady Di sujeta a su correa imaginaria, porque me habían prohibido sujetarla del cuello con una cuerda de verdad, y ella correteaba a cuatro patas olisqueando los geranios y lamiendo el agua de los charcos. El día estaba claro y la temperatura de abril era agradable. Los compañeros de paseo no se acercaban a nosotros, porque temían que la perra les orinase en la pernera de los pantalones, como era su costumbre. Einstein nos seguía a unos pasos, con precaución, relativizando las distancias. Borges contemplaba ensimismado su aleph, que era un minúsculo espejito de baño, y presumía de estar viendo reflejado en él el mundo entero con todas sus criaturas reales e imaginarias. Emily Dickinson iba repitiendo su frase favorita: "Objeta y serás peligroso de inmediato, asiente y serás cuerdo". Marcel Proust se quejaba del desayuno, porque servían café con leche en lugar de té para untar las magdalenas. Y Mia Farrow le lanzaba escupitajos a un tipo que tenía un cierto parecido con Woody Allen. Pero nadie se nos acercaba. Lady Di se detuvo un momento y todos detuvieron el paso. Luego, volvió a andar y todos caminaron. La monja parecía uno de esos seres satisfechos, que como no han conocido nada de la vida, ni el sexo ni el dolor, ni el hambre ni el odio, se sentían felices en su ignorancia pensando que los demás éramos unos seres viles, carcomidos por el pecado, por los que sentir piedad y tal vez un poco de repulsión. <<No se detengan>>, gritaba. <<A paso ligero, hagan ejercicio que les vendrá bien>>. Dios iba el último de la fila, vestido con ropas de mujer y unos zapatos de tacón con los que apenas sabía andar, dando contantes tropiezos. <<Hay que

saber estar con los tiempos>>, murmuraba con resignación. <<Ahora Dios es una mujer>>. Fue entonces cuando la perra se revolvió, librándose de la correa imaginaria, y salió a toda prisa en dirección a la monja. Nada más llegar junto a ella le orinó sobre el hábito. La madre Teresa se quedó inmóvil, como petrificada, no supo reaccionar mientras la perra le vaciaba el contenido de su vejiga. Durante un momento parecía que el mundo se hubiera detenido. Nadie se movía. Hasta los pájaros cesaron de cantar. Luego se escuchó el grito de horror. La monja sufrió un ataque de histeria y otras fornidas monjas aparecieron en el lugar. Lady Di fue reducida de inmediato. La encerraron en el cuarto oscuro y nunca más supe de ella. A mí, que era su dueño, me condenaron a pasar el resto de mis días con una tipa con cara de caballo que decía ser Camila Parker Bowless.



A mi consulta acuden cada día gentes de toda clase y condición para contarme las dolencias más diversas. Sin embargo, nunca nadie me ha desconcertado tanto como aquel tipo bajito y tímido que entró en mi despacho una mañana de abril, siguiendo a la enfermera sin dejar de retorcer el sombrero entre sus manos. Se sentó frente a mí como si no supiera muy bien dónde ubicar piernas y brazos -al final optó por trabarlos todos entre sí, en un enredo de rodillas superpuestas y manos bajo las nalgas- y comenzó a exponerme la extraña enfermedad que le aquejaba:

-Verá, doctor: mi problema es que veo cuentos por todas partes. Los encuentro cosidos a la manga de un jersey, bañándose en los charcos, riéndose de mí tras los escaparates... Y me preocupa que acaben por volverme loco.

-Vaya, parece cosa seria -dije instándole a continuar- ¿Y cuándo comenzó con los síntomas?

-Pues hace poco más de un año, aunque últimamente me ha parecido que el trastorno se agravaba. Al principio sólo percibía cierto tufillo a cuento en las palabras de los políticos y en las revistas del corazón, pero ahora las historias me asaltan en cualquier esquina, y resulta difícil escapar de ellas. El otro día, sin ir más lejos, me caí en un relato negro mientras paseaba sin fijarme dónde ponía los pies, y no vea lo que me costó salir de allí: en menos de lo que canta un gallo me vi rodeado de gángsters, mujeres fatales y fetuccini a la siciliana, y tuve que saltar a un cuento de Saint-Exupéry que casualmente sobrevolaba la zona para luego poder lanzarme, en paracaídas y sin red, hasta la realidad.

-Humm, ya veo. ¿Y ha notado si esos trastornos aparecen tras realizar una actividad en particular o ingerir algún tipo de sustancia psicotrópica?

-No, señor. Antes me dedicaba a la escritura, pero hace tiem-

po que lo dejé; estoy totalmente rehabilitado. De hecho... ¡Espere, doctor, no se mueva! Tiene usted un cuento caminando sobre su hombro. ¿Me permite que se lo quite de un manotazo?

-Deje, deje, ya se caerá él solo. Volviendo a lo que nos ocupa, quisiera hacerle una pequeña exploración física. Si fuera tan amable de colocarse sobre la camilla... El hombre hizo lo que le pedía, y yo apliqué mi fonendoscopio a su pecho, donde se oían latir acompasadamente los fragmentos de una novela de amor. Procuré no dejar traslucir mi preocupación, pero era obvio que aquel paciente estaba más grave de lo que en un principio parecía: la enfermedad ya había alcanzado su corazón, y era probable que se hubiese extendido a otras vísceras. Prosiguiendo con la exploración, le pedí que sacase la lengua y dijese Ahhhhh..., pero en lugar de eso al pobre sujeto se le escapó una fábula de Esopo, cosa que le dejó visiblemente azorado. Resultaba imposible disimular el olor a zorra y uvas que había quedado en el ambiente, por lo que el hombre me pidió disculpas y yo asentí, restando importancia al incidente -al fin y al cabo un médico debe estar acostumbrado a este tipo de desahogos fisiológicos- mientras tomaba el oftalmoscopio y me disponía a examinarle el fondo de ojo.

De haber sabido lo que iba a pasar, jamás se me habría ocurrido semejante imprudencia, pues su reacción ante ese gesto mío -tan cotidiano, por otro lado- hizo que llegase incluso a temer por mi integridad física. Y es que justo en el instante en que aproximé mi cabeza a la suya para mirar a través de su pupila, el tipo me propinó un empujón que dio con mi osamenta en el otro lado de la estancia, y acto seguido comenzó a gritar: "¡Apártese! Es usted cuento también, ¡me ha engañado! ¡No me toque, lárguese de aquí!".

Todo intento por calmarle resultó inútil, y sólo con la ayuda de dos celadores fue posible sujetarle el tiempo necesario para que la enfermera le aplicase un sedante que le dejó dormido como un bendito en apenas dos minutos. Mientras él permanecía inconsciente, avisamos a su mujer y yo comencé a redactar el informe, sin poder reprimir un suspiro.

Hay casos que dejan en el médico que los lleva un tremendo sinsabor, y éste era sin duda uno de ellos. Un hombre con un futuro

tan prometedor en el mundo de la literatura, con una esposa adorable y preciosa (tan adorable y tan preciosa que mi paciente creía haberla extraído de su imaginación, razón por cual la había abandonado días antes, según me confesó ella luego entre sollozos), y con una nada despreciable cantidad de dinero en el banco... Realmente, causa tristeza que ciertas personas tengan que terminar así. Pero mi obligación como médico era actuar con rapidez, tanto por el bien de mi paciente como por la seguridad de quienes le rodeaban, de modo que aquel mismo día cursé la orden de admisión en un manicomio, dando instrucciones estrictas de mantenerlo bajo vigilancia y sedación constante.

El momento más duro para mí fue sin duda comunicarle a la mujer de aquel pobre desgraciado mi inexorable diagnóstico y las medidas que sería necesario tomar en consecuencia, pero asombrosamente ella actuó con gran entereza, y se mostró en todo momento dispuesta a colaborar en el proceso.

Espero que en el futuro no se critique nuestra forma de actuar, tan fría, tan calculada, pero les pido que traten de comprendernos. Si no hubiésemos procedido de la manera en que lo hicimos, algún día habría acabado por descubrirse que ni ella ni yo existíamos en verdad, y que no éramos sino el fruto de la imaginación de un escritor perturbado, el cual desgrana ahora sus días entre las paredes de un manicomio mientras la que fue su esposa y yo mimamos el incipiente amor que hemos descubierto en tan peculiares circunstancias.

I*nmerso en el mar de la vida
el agua te arrastra a la orilla,
agua que fue agua,
será agua
agua que es vida.*

A*gua que ves en ojos
en miradas compartidas
en instantes de gotitas
de gotitas divididas*

M*e gusta el agua
el agua te transforma,
se transforma
se junta, se separa
converge, te limita
el agua que es vida.*

"No sólo de pan vive el hombre" protestaba el hijo del rey de los manducantes cada vez que le ponían delante de un plato y, sin probar bocado, se retiraba a sus habitaciones. Su padre, el monarca Obeso III, estaba preocupado por el insólito comportamiento de su vástago. En su reino comer era una actividad, que nutricia, sagrada. Todos se dedicaban a ello con fruición e insistencia. No les preocupaba el sabor ni la consistencia de lo ingerido. Lo importante era tener las mandíbulas ocupadas, porque, según decían, mientras se engulle no sólo se alimenta el cuerpo sino que se entretiene la mente y no sé piensa en otras cosas de menor provecho. Una mesa bien surtida evita envidias, ambiciones, reyertas y, además, mantiene a la comunidad unida en la voracidad. Nada amansa más los espíritus que un apetito bien saciado, sostenían. Los manducantes concebían la vida como un banquete y presentaban un aspecto de oronda placidez. En el reino de Obeso III todos eran gordos y pacíficos.

Bueno, todos no. El príncipe inapetente tenía una pinta deplorable. De su cuerpo enteco pendían unas extremidades flacas como alfileres y la contemplación de su rostro cadavérico causaba espanto entre súbditos y cortesanos. El rey se desesperaba ante el persistente ayuno de su hijo. Y no es que su espectacular raquitismo propiciara en él hábitos violentos. El príncipe mostraba, sobre todo, un carácter contemplativo y pasaba la mayor parte del tiempo leyendo. Es más, algunos achacaban su aspecto macilento a ese régimen tan intelectual. Al fin y al cabo su anatomía ofrecía la pálida delgadez de las páginas de un libro. Pero, aunque fuera culto y de buen talante, no bastaba para garantizar sus derechos. El heredero del trono debía de ser un modelo moral y también físico para los manducantes y estaba claro que su esmirriada constitución no era la más adecuada para presidir los destinos de la nación. El propio Obeso III lo reconocía en público: "No puede ser carne de mi carne -no tiene

ninguna-, ni siquiera sangre de mi sangre -apenas le cabe una gota-, como mucho huesos de mis huesos. Y la línea sucesoria no puede basarse en un esqueleto". La situación llegó a ser tan crítica que, sacrificándose en aras de la estabilidad política, el rey decidió abdicar en su hermano, el conde Graso.

Al conocer los propósitos de su marido, la reina Celulitis intentó hacerle cambiar de opinión. Ella amaba a su hijo con toda su inmensa visceralidad y el hecho de que hubiera salido tan enclenque sólo aumentaba su afán protector. Tras mucho discutir con el soberano, consiguió que le otorgara un plazo de cuarenta días para encontrar una solución. Celulitis caviló, indagó, consultó y, por fin, llamó al sabio Paniculo, uno de los mayores expertos en cuestiones alimenticias. "Si consigues que mi hijo engorde, te atiborraré de vituallas; si fracasas, pasarás el resto de tus días a pan y agua". Nada agudiza más el ingenio que la amenaza del hambre, así que Paniculo pensó: "Al príncipe no le gusta comer, sino leer. Todo consiste en lograr que la lectura engorde". Encargó a varios escritores que captaran con su pluma aromas y sabores, inventaran succulentas mezclas de viandas y, utilizando el más delicioso de sus estilos, hicieran de la comida un arte. Luego, con apetitoso lirismo, recitó ante el heredero los resultados. El príncipe escuchó estos poemas culinarios con auténtica gula. Disfrutó tanto en estas sesiones que ganó peso y además sintió la tentación de degustar los platos tan exquisitamente descritos. Al cabo de varias semanas ya superaba los trescientos kilos, lo cual no era mucho para el reino, pero bastaba para asegurarle la corona.

De esta manera no sólo se solucionó la crisis monárquica de los manducantes sino que la humanidad entera descubrió que la alimentación no es sólo una cuestión de cantidad. Comer garantiza la supervivencia, pero también puede proporcionar placer. Así pues en el origen de la gastronomía no está el hambre sino la inteligencia y el buen gusto. Como toda actividad creativa no depende tanto de la necesidad como de la selección y combinación de ingredientes. En definitiva, una receta de cocina está más próxima de la literatura que de la digestión.

En las sombras más profundas
de tu desesperación,
oyes la voz de un amigo
que te dice con amor;
busca dentro de tu alma,
dentro de tu corazón,
en ti está la respuesta
ahí, está la solución.

Es tu yo verdadero
el único que no te falla
el que sientes día a día
en la soledad de tu vida.

No te traiciona,
no pide nada,
sólo tu compañía.

El Sol borda de dorado
las azules nubes del horizonte,
mientras en su continuo avanzar
las sombras se convierten
en las dueñas de lo visible.

Un pájaro solitario
se desparrama por el aire,
un punto negro para mi vista,
una unidad de vida,
ajena a los rencores,
ajena a las interpelaciones ;
ella sola y el aire,
un pequeño espacio
dentro del grande
que le produce
el sentimiento de libertad
al ave,
que no se pregunta
por el mañana,
ni recuerda muy bien
el pasado.

Se ve una hermosa tormenta
a escasos centímetros
del casi extinguido atardecer.

El ave sigue nadando
entre sombras.

***¿C**ómo se desvanecen los días
y enroscada en los recuerdos
resiste inmarchitable y lozana
los envites del tiempo!*

***T**u mirada transhumante,
dulce y salada golosina,
tal vez mudó la piel
del verano, y es ahora
fría y dura
como la corteza de las rocas.*

***¿Q**ué puedo perder
si sólo unas migajas
mendigaba a tu atención?
Apenas unos días
de entusiasmo malgastado,
de rubor no disfrazado,
de temblor prenupcial
ante tu imagen turbadora.*

***P**ero son de oro
esas migajas,
refulgen como rubíes
tus recuerdos,
y tu voz,
cálida y húmeda,
como un beso,
Tu voz,
roja sandía,
papaya preñada,
néctar lechoso
en mitad de un desierto...*

***T**uyo es todo mi corazón.
No me olvide de subrayar
tu nombre y tus palabras,
que me iluminan y me hunden
en una tarde de verano.*

***T**uyo es todo mi corazón,
que cayó a tus pies,
y aún late,
pisoteado por la turba.*

HIPSÍPILA

LUIS ARTURO HERNÁNDEZ

Al final de sus días, estatua sedente paralizada por la amnesia, olvidó la sensual devoción que profesara, en la primavera de la vida, a la melodiosa lírica de Rubén.

Sedada al fin por el último suspiro, era una crisálida revestida por el sudario de seda con que la habían amortajado en el capullo del sarcófago. La cofia tocaba, cual gorro de dormir, el rostro cerúleo y macilento, con una leve pátina de verdín. El ángel escayolado -bisagra larvaria de alas inmóviles-, amparado por las sombras chinescas de un árbol, la miraba. En una inhumana emulación de la rutinaria tarea de Penélope, cuanto destejía la tierra iba retejiéndolo la plétora de gusanos de seda que, desde el primer día, había concebido el cadáver de la anciana en un denodado esfuerzo por demostrar que hay vida después de la muerte, nutriéndose del humus de hojas que -lívidos soles y lluvias feraces- fertilizara la tierra al pie de la morera.

Años después y durante unas vacaciones de mórbido hastío, una tataranieta, que tarareaba el Sobreviviré, la canción ligera que hacía furor en el internado de las Madres de la Buena Muerte arreciando como un vendaval en boca de su intérprete -mujer-araña con aire de libélula, ser mitológico reencarnación de la diosa Shiva-, enredaba distraídamente sobre la removida sepultura, estirando de aquel brote -de vida interior- que se insinuaba como el hilo suelto en una caja-sorpresa del día de la Madre Superiora. Al igual que una calcomanía gigante, la rubeniana hipsípila. Una mariposa, vamos.

Y la aventó al viento torrencial, que bosquejaba una borrascosa acuarela con la tinta china del árbol, empuñándola por el sedal al modo de una cometa enlutada y tersa, con su sinuosa coleta, con tan mala fortuna que se descosió toda de un tirón -la túnica inconsútil era de una sola pieza, devanado el estandarte sobre el bastidor de la chinoiserie -trapecio sin trapecista- en la línea quebrada de la constelación de puntos de un pasatiempo, alas deshilvanadas al compás de una palabra esdrújula.

El misterio de la ascensión -de la ascunción, se corrigió al instante, recordando a la Madre Superiora-, es un cuento chino, pensó la novicia. Y a otra cosa, mariposa.

LA VIDA ES UN ETERNO RÍO CON FORMA DE LAGO

JOSÉ LUIS GUILLERNA

***"Tus acciones, así como las acciones de
tus semejantes en general, te parecen
importantes sólo porque has aprendido
a pensar que son importantes"
(Don Juan Matus a Carlos Castaneda,
en "Una realidad aparte")***

El implacable despertador despertó de su sueño rojizamente luminoso a las siete de la mañana, esparciendo inmisericorde por el dormitorio los archiconocidos y machacones sonos de una cancioncilla de moda, de ésas que las tiendas de discos venden por cientos de miles y que un mes más tarde están olvidadas, y, en consecuencia, Adán Bigworld Munduhandi también despertó.

El nuevo día penetraba en la habitación a lomos de los primeros rayos del sol de junio, mientras los gorriones gorjeaban saludando a la mañana desde los árboles del parque cercano.

Salió de entre las sábanas con somnolienta desgana y se sentó en el borde de la cama, girando ligeramente sobre sus posaderas para lograr que el pie derecho fuera el primero en tocar la mullida alfombra ("es importantísimo levantarse con el pie derecho", había oído en algún sitio muchos años atrás). Su esposa, como todos los días, desparramó de inmediato su redonda e inmensa anatomía para ocupar por completo la cálida superficie que él acababa de abandonar (¡parece mentira lo que engorda la propia esposa tras veinte años de matrimonio, y lo macizas y apetecibles que se mantienen las ajenas...!).

Ya en el cuarto de baño, completó una pequeña tabla de gimnasia, se duchó, se afeitó y se peinó. Medianamente satisfecho con la imagen que le devolvía el espejo, retornó al dormitorio para terminar de vestirse. Luego, pasó a la cocina y desayunó sus consabidas magdalenas con mantequilla y su habitual taza de café con leche.

A las siete y media estuvo listo para empezar la ardua jornada laboral.

Se despidió de su media naranja con un casto beso en la frente, correspondido por la durmiente con un ronco gruñido (cotidiano), y salió decidido a enfrentarse con los retos propios de su especie y condición.

A bordo de su potente automóvil despreció semáforos y pasos de peatones, cambió de carril sin encender intermitentes, rebasó los límites de velocidad, compitió en todo momento por ser el primero, puso en peligro su vida y las ajenas, insultó y fue insultado, y llegó a su lugar de trabajo sin novedad pocos minutos antes de las ocho, aparcando en la zona reservada para minusválidos que él mismo había ordenado acotar.

A las ocho en punto (¡qué tetas tiene Mari Pili y qué culo Graciela...!) se enfrascó por completo en el cumplimiento del deber. Cientos de importantes asuntos requerían su inmediata atención.

Lo primero que hizo fue revisar el cierre del día anterior y comprobar que cuadraba al céntimo. El mecanismo de relojería de la caja fuerte funcionó sin problemas, y todo quedó listo para atender a los clientes en sus reintegros e ingresos. Satisfecho, izó una a una con el polipasto las pesadas planchas de acero y las fue introduciendo en la prensa para transformarlas en compactas carrocerías, que pasaron después al horno de pintura y más tarde al secadero y a la línea de montaje. Luego, en la cadena, comprobó seis mil tornillos y revisó dos mil soldaduras, enjugándose de vez en cuando el sudor con la sucia manga de su mono de trabajo. Se enfadó mucho cuando el responsable de transporte internacional le dijo que tardarían un par de horas en cargarle, y más aún cuando llegó al supuesto destino y le informaron de que aquel material debía ser entregado en una factoría situada a doscientos kilómetros de distancia.

Así que, malhumorado y rencoroso, ordenó la limpieza de fondos del buque sin preocuparle lo más mínimo las consecuencias, atento únicamente a no ser detectado por los guardacostas. Vertieron al mar unas veinte toneladas de una mezcla sucia y maloliente compuesta de gas-oil, ácido clorhídrico, fosfato tricálcico

y sosa, y enseguida comprobaron divertidos cómo decenas de plateados peces, de todas las especies, empezaban a flotar inmóviles y panza arriba en la verdosa superficie del mar. Eso sí, las entrañas del navío quedaron como los chorros del oro.

Animado por esta experiencia, y previo interesado y succulento compadreo con las autoridades locales, ordenó que anclaran la enorme plataforma petrolífera frente a una de las playas más limpias y hermosas de la costa occidental, y, con el fin de aprovechar al máximo los recursos disponibles ("ya saben ustedes que este año la demanda de energía superará en un cinco por ciento a la del anterior..."), construyó en el extremo norte de la inmaculada playa una central nuclear capaz de generar tropecientos mil megavatios-hora.

-Nos garantiza usted que la seguridad está garantizada, ¿verdad? -dijeron los prebostes ligeramente preocupados, aunque dispuestos a cooperar por el bien común después de comprobar el notable incremento de sus cuentas corrientes.

-Por supuesto, amigos; por supuesto... Todas las instalaciones cumplen las normas DIN 475657/13, ISO 131313/1414 y UNE 2100XR32, y los parámetros de impacto ambiental han obtenido el visto bueno de la Comunidad Económica Europea.

-¡Ah!, pues siendo así...

Fue una verdadera lástima que la válvula principal dejara de funcionar cuando más necesaria era, y que, en consecuencia, dos millones de litros de petróleo convirtieran la costa en un lodazal nauseabundo y betinoso. Menos mal que los bañistas pudieron desprenderse rápidamente de aquella segunda piel negra que acababan de adquirir, gracias al benefactor impacto de las radiaciones alfa, beta y gamma (entre otras) procedentes de la explosión del reactor nuclear de la cercana central, que dejó sus huesos blancos como la nieve y sus almas listas para entrar agradecidas en el más allá. Pero algunos pequeños contratiempos no podían ni debían paralizar la necesaria actividad económica. Es imprescindible generar riqueza que genere nuevos puestos de trabajo que generen más riqueza para que ésta genere más puestos de trabajo. Adán se puso de nuevo manos a la obra y prosiguió la tala indiscriminada de cuatro mil hectáreas de selva virgen en la Amazonía, exterminando de paso

a media docena de tribus indígenas, que tuvieron de este modo su primer y último contacto con el hombre blanco, y contaminando y destrozando los cauces naturales de unos cuantos ríos en busca y explotación del codiciado e imprescindible oro.

Poco después ganó cinco millones de dólares negociando valores en la bolsa de Nueva York, y estuvo a punto de suicidarse cuando, por causa de un imprevisto movimiento especulativo, perdió hasta las pestañas. No obstante se rehizo con prontitud, pues era hombre extraordinariamente dotado para los negocios y netamente emprendedor, y presentó su colección de lencería en la plataforma Manueles (televisado en directo por las principales cadenas), obteniendo un notable éxito. Todas las modelos, con sus cuerpecitos delgaduchos de andar cimbreado y extraño y tetas gordezuelas, mostrando pezones y aréolas a través de los sugestivos sostenes, y con aquellos culitos rollizos y respingones apenas maculados por los diminutos tangas, fueron muy aplaudidas.

Acto seguido, autorizó la caza masiva de ballenas a los japoneses, "sólo en cumplimiento de misiones científicas", procedió al ensamblaje de la Estación Espacial Internacional (I.S.S.) -un paso muy importante en la conquista del espacio y definitivo para las próximas expediciones a Marte-, echó un vistazo a los confines del universo conocido a través del telescopio espacial "Hubble", quemó doscientas hectáreas de bosques en Galicia con el fin de propiciar verdes pastos que satisficieran a pastores y ganaderos en general, y emitió un informe psiquiátrico que permitía la excarcelación de un peligroso narcotraficante.

Almorzó en la cafetería de la esquina, como siempre. El menú del día resultaba muy aceptable en su relación calidad/precio y las raciones eran abundantes. Comió muy a gusto, porque ya es sabido que el trabajo abre el apetito, igual que el campo, y retomó la labor a primera hora de la tarde, después de saborear un café bien cargado (para estar despejado) y rechazar la copa que le ofreció el servicial camarero ("el alcohol y el tabaco son perjudiciales para la salud, ¿sabe usted"?).

Poco después de las tres, lanzó, en nombre de Alá, varios aviones

cargados de explosivos sobre diferentes y notables edificios de todo el mundo; proclamó la guerra santa contra los infieles; excomulgó masivamente a eutanasistas y abortistas; condenó y decretó el amor libre como origen de la perdición del hombre y supremo ejercicio de la libertad individual, respectivamente; sembró de minas las principales carreteras de una docena de países subdesarrollados, y, en nombre de la democracia y de la libertad, ordenó a los B-52 el bombardeo masivo de Afganistán y colocó bombas-lapa en los bajos de varios automóviles, cuyos dueños resultaban notoriamente sospechosos de ser fascistas y reaccionarios. A punto estaba de firmar el Protocolo de Kioto, en orden a mitigar el cambio climático y salvaguardar el medio ambiente, cuando una llamada de más altas instancias le hizo ver la necesidad de proponer un plan alternativo a desarrollar en los próximos veinticinco años, con lo que se quitó de encima tamaña preocupación y no firmó, a pesar de que la Antártida se estaba fragmentando como el parabrisas de un coche después de recibir un martillazo y el Polo Norte tuviese menos superficie que un helado de nata.

Durante la última parte de su jornada de trabajo practicó cuarenta y ocho liposucciones, trescientos implantes de mamas, doscientas mastectomías y dos ortodoncias; ofreció varias conferencias sobre las terribles consecuencias de la anorexia y la bulimia, así como un seminario sobre el hambre en el mundo; dirigió tres expediciones arqueológicas; pintó un mural de cien por veinte al que tituló "El hombre alcanzando la libertad"; hizo que una becaria le realizara la felación de las cinco y veinte; proclamó la constitución de un orden nuevo basado en la globalización (¿); juró que aquélla sería la madre de todas las batallas; organizó una completa red de pederastas en Internet y dirigió personalmente la brigada policial que combatía este tipo de delitos; maltrató a catorce mujeres y ordenó lapidar a tres de ellas según las leyes del Corán; creó y supervisó "El gran mengano", "Confianza cegata" y "Operación Éxito" -participando, también, como concursante-, y finiquitó sus obligaciones conduciendo el autobús de la línea 13.

Agotado, pero satisfecho, a las seis en punto de la tarde retomó el camino hacia la confortable calma del hogar, con el mismo

ceremonial automovilístico que por la mañana. Su rolliza esposa le estaba esperando en el saloncito, frente al televisor, con aquel rostro redondo y resplandeciente rebosante de felicidad, el protocolario beso en los labios y el botellín de cerveza sobre la mesita. Así permanecieron, el uno junto al otro, comentando apasionadamente los múltiples e interesantes consejos publicitarios que se les ofrecían, salpicados de forma inexplicable por minúsculos fragmentos de anodinos programas. A eso de las nueve y media despacharon una frugal cena ("no es nada sano acostarse con el estómago lleno"), y a las once se metieron en la cama dichosos y realizados como todos los días.

Ella se quedó dormida al instante.

Adán permaneció todavía despierto durante algunos minutos, mientras el sueño iba vencién-dole poco a poco, y cayó en brazos de Morfeo con una sonrisa en los labios, feliz por haber completado una jornada absolutamente trascendental e histórica.

Sin darse cuenta, un día más, de que estaba más muerto que los dinosaurios...



M*ira detrás de ti
y verás mi huella
seguir tu camino
como una estrella.*

E*xtravía esta tarde
una mirada de amor
en la orilla del camino,
que la recogeré yo.*

P*ronuncia aquella palabra
que olvidaste decir,
y las hojas de los árboles
la guardarán para mí.*

C*uando caiga la tarde,
y el sol se esconda,
vuelve tu mirada
y verás mi sombra.*

Ella miraba las nubes
y en su cansado mirar,
imaginaba figuras
fantásticas que, al pasar,
se rompían en el cielo
como arena en el mar.

Y al mirarlas recordaba
su infancia que, en soledad,
pasó al tiempo
y no retornará.

¡Aquella nube parece
un paloma vivaz!
mensajera de otros mundos,
¿qué recado llevará?
Se ha deshecho en el cielo,
¡mira, allá!

E***spectros clavados en la tierra,
tus raíces anclan tu libertad
incesantemente.***

E***n un constante esfuerzo,
sordo y ciego,
tratáis de volar
agitando vuestras verdes alas,
mas las cautivas raíces
os lo impiden,
y vuestro deseo
se convierte en melancólico susurro,
al besaros el viento indiferente
vuestras temblorosas hojas.***

Bazen behin eguzkia hartzeko erabiltzen den aulki bat, honek eguzkia hartzeko behara zeukan eta hau egiterakoan izugarrizko festak egiten zituen.

Baina egun batean hotza egiten hasi zen eta aulkiak pixkanaka-pixkanaka indarra galduz joan zen.

-Non dago eguzkia? Galdetu zion bere ondotik pasatzen zen txori bati.

-Eguzkia Hawaira joan da oporrak pasatzera.

Eeeeeeez, hurrengo udaberria arte ez da bueltatuko.

-Ah!

Eta zer pentsatatzen duzue egin duela? Ba...

-Ze bero egiten duen Hawaien txoritxo!

-Bai, gainera hegaldiak beroa ematen du. Horrela aulkiak festak egiten jarraitu zuen urtearen sasoi guztietan.

EPITAFIOA:

Materia ez da desagertzen, bihurtzen da, Rosa Flores horixe bera izn daiteke, lorea hilerrian.

NO SÉ SI DEBO QUERERTE TANTO

GOTZONE REDONDO

No sé. No sé si el origen de mis problemas puede ser quererte demasiado. Me imagino que no, que más bien puede ser lo contrario, que debería hacer lo posibles por quererte más, por volverme ciega del todo. No sé, no sé si así acertaría. A veces pienso que este malestar, que cada vez aparece con mayor frecuencia, tiende a cronificarse de modo irremediable. Entonces el desasosiego se me atrinchera en el estómago. Imagino soluciones, pero cada cual más drástica y fatalista. Lloro apenada porque me parece que no me prestas suficiente atención, y entonces, en vez de aguantar mis pucheros, me recriminas. Que si soy una exagerada, bastante mimosa, que cualquiera me entiende, que vaya lo difícil que es tratar conmigo..., pero que me quieres mogollón. Total, que todavía me quedo más confusa. Al poco me planteo si realmente seré la única culpable. No sé. Los demás me dicen que vas mucho a tu bola. No será para tanto, cuando procuras cenar en casa entre semana, cuando aguardas a que llegue al cuarto para acostarte en la cama, cuando me esperas despierto cuando quieres que hagamos el amor. Ay, ¡cuántas dudas me asaltan! El caso es que cuando discutimos siempre acabo yo más disgustada; ¿es que eres más fuerte, más frío, o es que no te importa que pase la noche en vela porque hemos reñido? No, seguro que me quieres. Si no, ¿por qué acabas admitiendo la reconciliación? Además, de otra manera no te molestarías en hacerme tantos regalos cuando te recuerdo que llega mi cumpleaños, ni accederías en tantas ocasiones a comer casa de mi madre. Seguramente es que cuando estás callado o se te olvida hacerme los pocos favores que te pido es porque estás cansado. Claro, tanto trabajo, después de unos tragos con tus clientes. Ya, ya sé. Las copas son a ti lo que las clases de violín a mí, dulces momentos de evasión, imprescindibles en nuestras vidas. Ya ves, a veces me haces dudar entre echarte un rapapolvo o proponerte un revolcón. Por eso pienso que no es bueno quererte tanto,

porque me tienes a tu antojo, pero no puedo remediarlo. Me hago ilusiones imaginando que tu te encuentras en la misma situación, pero enseguida me doy cuenta de que no es tal, de que somos diferentes, que nos necesitamos, yo para amarte, tú para... no sé para qué.

En definitiva ¿Eres un egoísta o sólo un mal amante? Lo que seas, pero no me hagas sufrir tanto, ¿o soy yo que me imagino falta de cariño donde tan sólo se ha cimentado cómoda convivencia marital? ¡Dios mío!, qué enredo más tontorrón. En fin, iré a abrigarte antes de que te quedes frío en el sofá, dormido ante cualquier telecomedia yanqui de esas tan horrendas que acostumbras a tragarte los sábados por la tarde.



Soy una máquina peligrosa,
un tren que circula desbocado,
el rugido de un león amenazado;
soy veneno con aroma de rosa.

El estallido de un relámpago
un cruce entre bisonte y araña
depredador que come cuando se las apaña
un delincuente, un estafador y un vago

que no se pone a trabajar ni a tiros,
que no puede controlar sus impulsos
y relincha cual caballo encabritado

cuando veo que de mí queréis reiros.
Sois personas anodinas, seres insulsos,
con el cerebro encasquillado.

Mi vida es un murmullo agradable
que tú apagas con estruendo de cristales.
Mi espíritu romántico es respetable.

Dejadme extender mis tentáculos al sol.
Todos somos ciudadanos del siglo veintiuno,
bestias presas de un destino que no elude ninguno,
somos sustancia que se mece en un crisol.

En el interior de tu secreto
late un palpito animado,
que se mantiene soterrado
por razones de superior decreto.

Atisbas el monstruo encerrado
manteniendo el semblante discreto
para actuar en el momento concreto
con renovado vigor entregado.

Cuando el espía te observa
admite resignado que no hay culpa,
pues la razón que tu acción dirige

*se mantiene en cautelosa reserva.
De ello la misma lógica inculpa
a la Naturaleza que es quien lo rige.*

LA BORRACHERA

MARTA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

Estaba oscuro y frío. La noche se comía la escasa claridad que desprendían los cordones de sus zapatillas. Sentado, permanecía arrugado como el vientre de su progenitora. El miedo de apenas unos segundos antes se le había transformado en un sudor frío, que junto con aquella brisa helada se le filtraba por la piel, a través de sus poros, extendiéndose por cada pliego, colando poco a poco hasta taladrar su sistema nervioso, haciendo que se agitara como impulsado por choques eléctricos.

Por un instante creyó haber burlado a los fantasmas (los que su mente creó), pero aún sentía la opresión en el pecho y el incesante ritmo de sus latidos en las sienes, acaso queriendo salir disparados como en una carrera. Sentía que en aquella oscuridad cualquier sonido sería provocado por aquellos imaginados asesinos .

El roce de su chaqueta contra una rama del pequeño arbusito junto al que se había escondido, le pareció un dedo dándole un toque de atención y logró evocar de nuevo al miedo: esa sensación de presión en el pecho repentina; las ganas de gritar, correr y así apaciguar su adrenalina, que le impulsaba a salir huyendo, alejándose del posible monstruo. Sin embargo, su yo racional consiguió dominar nítidamente la situación, en tan sólo un segundo, el necesario y suficiente para girarse, tocar la rama y darse cuenta de lo ridículo de la situación. No obstante, aún tardó otro tanto en normalizar su respiración y apaciguar el ritmo de su corazón.

Cuando ya creyó haber controlado sus nervios, una repentina sensación se apoderó de sus sentidos. Una mirada se le clavaba en la nuca; alguien había detrás, estaba seguro.

Se giró lentamente, diciéndose a sí mismo que todo era una fantasía, y cuando se encontró en dirección a su imaginario asesino (que no era sino una roca con una bolsa azul a un lado, quizás olvidada por cualquier pastor que se había parado allí a merendar), salió con fuego en sus pies, corriendo y gritando sin sentir el suelo que

pisaba, con el corazón desbocado, estallándole la cabeza, tan alterada la respiración que sus pulmones eran incapaces de frenarla.

En algún instante noto cómo, realmente, ya no había tierra bajo de sus pies, y pensó que tal vez el fantasma le alcanzara y estuviera flotando... De lo siguiente ya no fue consciente.

Cuando despertó tenía tubos por todas partes. No sentía apenas nada y sólo discernía un rostro que emitía un sonido irreconocible.

Poco a poco se recuperó descubriendo que su situación era fruto de una caída por un barranco, que le había costado fractura de nariz, de la pierna izquierda por tres partes, de un omoplato, de una mano, además de diversas contusiones por todo el cuerpo.



Y *a no hay nada,
sólo un vacío nos une a ti y a mí;
nos dejan solos
creyendo que no hay nada ni nadie
pero se equivocan,
allí, entre todo ese vacío
se juntan tu aliento y el mío
se entrelazan y se unen.*

*Entonces,
el espacio cobra vida,
nuestras miradas se cruzan,
se desenlazan,
se enfrentan una y otra vez
aunque no digan nada.*

*Cuando ya casi empiezan
los labios a moverse,
parece que algo,
desde muy adentro nos detiene
y no nos deja hablar.*

*Sentimos un temblor externo,
una pena interna,
un frío que nos hiela
y que nos impide decir
todo cuanto nos queremos.*

***Mis labios susurran entonces:
“¡Te quiero!”
Los tuyos se apartan diciendo: “¡No!”***

***Entonces bajo la mirada
guardando mi tristeza,
te arrepientes,
pero sabes que es tarde,
que ya tu corazón no es tuyo,
que está ocupado
por otro amor.***

***En ese instante,
tú también bajas la mirada
y te alejas lentamente,
dejándome sola
con un dolor
en mi inmenso problema,
sobrecogiéndome entonces
una angustia
que hizo brotar
una gota de plata de mis ojos,
siguiéndole una alfaguara,
que lleva consigo tantas cosas
como problemas hay en la vida.***

“Escribir a pesar de todo, pese a la desesperación...”
Marguerite Duras

La respuesta a la pregunta “¿por qué escribimos?”, puede ser un disparador para la escritura.

¿Por qué se escribe?

Para divertirse, para jugar con las palabras: combinarlas, romperlas, ordenarlas y desordenarlas.

Para ser eterno.

Para comprenderse a uno mismo. Porque verbalmente no se consigue decir lo que se desea o se siente. Además, lo escrito se puede rectificar; lo oral, no.

Para corregir la vida de uno.

Para completar o inventar los mundos que deseábamos tener y no tuvimos. Reconstruimos en la página lo que no hemos podido vivir.

Para comunicarnos. En este sentido, se implica al lector. Suele suceder que un relato, un poema, una parábola, le revelan al lector algo que para él mismo permaneció oculto hasta el momento de la lectura.

Para resolver conflictos. Escribir es una actividad semejante a soñar. Contaba Freud, cuando investigaba el mundo de los sueños, que había una vez un pueblo en el que todos los hombres estaban enamorados de la misma mujer. Hasta que un día, uno de ellos, un hombrecillo diminuto amaneció diciendo que se sentía liberado de esa obsesión. Al indagar sus vecinos cómo lo había conseguido, les contó que esa noche había soñado que la mujer lo amaba. Así fue como el hombrecillo resolvió el conflicto. Idénticos resultados se pueden conseguir escribiendo.

¿Qué sucede cuando las imágenes obsesivas cobran vida en la mente de un escritor?

Algunos autores confiesan que a veces comienzan una obra a partir de una idea que les persigue constantemente. Es decir, el origen es claramente una obsesión, que podemos comparar con un enredado ovillo: cuando vislumbran la punta, tiran del hilo y empieza a conformarse la obra.

También de sus manías, son dependientes los escritores. Para muchos, son las causantes de su necesidad de escribir y del modo de afrontar la tarea.

La obsesión puede ser una idea, una palabra, una imagen, un avisión, un impulso que se impone y se caracteriza por su persistencia; pueden llegar incluso a provocar en el destinatario un temor irresistible.

Mientras para alguien que no desarrolla una actividad artística las obsesiones no pasan de ser un grado de enfermedad, el escritor las reproduce en la escritura como un hecho estético. Según el psicoanálisis, la literatura es una forma organizada del delirio. Freud dice: "Los instintos insatisfechos son las fuerzas impulsoras de las fantasías, ya cada fantasía es una insatisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria."

Las pesadillas, las paranoias, los temores, todo lo que se repite con insistencia en el mundo íntimo, puede convertirse en una obsesión, en un fantasma que nos persigue. Cuando se trata del escritor, las obsesiones, convertidas en fantasmas, forman parte de sus señas de identidad; el autor plasma en sus obras, de forma voluntaria o involuntaria, sus fantasmas.

El propio acto de escribir puede ser enfocado como un producto de la obsesión, tal como dice Álvaro Abós: "Una novela es una obsesión. Sólo así se comprende la homérica empresa de sentarse días y días a urdir la menuda, irrisoria trascendencia de un mundo de papel". Un fanático de la exactitud calculó que Tolstoy repitió 200.000 veces el ademán de llevar la mano al tintero y mojar la pluma para escribir "Guerra y Paz". Doscientas mil veces con el mismo temblor de duda, con la pluma empuñada como una antorcha que ilumina la oscuridad de la incertidumbre. Si toda novela es una obsesión, su

poder revelador es proporcional a la coacción interior que el autor sufrió para escribirla.

En la gran mayoría de escritores coincide una serie de obsesiones conscientes contra las que pueden luchar: rellenar el folio en blanco, el miedo a no tener ideas y el deseo de potenciar la creatividad. Hay otra obsesión común, que es la del que se encierra a solas para escribir. Y no pocos autores mencionan una pasión irrefrenable que los absorbe. Pero cada escritor, además, tiene obsesiones temáticas, a las que denominamos así porque suelen convertirse en tema o subtema; a veces le dominan, hasta que se consigue fijarlas en una novela, un poema, un cuento o en toda su obra: se trata siempre de la misma obsesión (Kafka es el mejor ejemplo de ello).

La necesidad que llevó a Edgar A.Poe a la escritura de “El cuervo” fue producto de una serie de impulsos obsesivos, y los temas le venían impuestos; se le presentaban en forma de sueños, alucinaciones o ideas obsesivas, a veces, por influencia del alcohol y el opio. Cuentos como “El gato negro” son productos de esos estados (desde luego, hay que ver las cosas buenas que se pueden hacer así, ¿eh?).

Julio Cortázar confesaba que a la hora de escribir se le impone una fuerza que le empuja, que lo obliga a escribir un cuento para evitar algo mucho peor. Dice: “Escoger un tema no es tan sencillo. A veces el cuentista escoge, y otras veces siente como si el tema se le impusiera irresistiblemente, lo empujara a escribirlo.” De “Casa tomada” dice que “es la escritura exacta de una pesadilla que tuve”.

Dijo Pablo Neruda: “Mis criaturas nacen de un lago rechazo.” Es un modo de expresar que escribir es exorcizar a los fantasmas que lo invaden.

Fernando Pessoa dijo: “Escribo arrullándome, como una madre loca a un hijo muerto”. Rechaza la realidad, le resulta insuficiente y se desdobra en otras personalidades: “En verdad, no poseemos más que nuestras propias sensaciones; en ellas, que no en lo que ellas ven, tenemos que fundamentar la realidad de nuestras vidas”.

El escritor plasma sus obsesiones en su obra. En este sentido, la escritura tiene un efecto liberador. La ficción puede convertirse en vía de escape, como dice Graham Greene; en terapia, como manifiesta Ernesto Sábato, o en ineludible punto de partida creativo.

Si investigamos en el terreno literario, las obsesiones son el material bruto de muchas riquísimas obras. No pocos escritores han canalizado sus obsesiones a través de la escritura. Muchos han percibido este proceso y son conscientes de cómo se ha producido; otros no. Aldous Huxley escribe: "Cuando empiezo un libro sé muy vagamente lo que va a suceder. Tan sólo tengo una idea muy general y el libro se desarrollará a medida que voy escribiendo. Nunca estoy totalmente seguro de lo que va a suceder hasta que ya lo he escrito."

Es interesante conocer las declaraciones de aquellos que percibieron el aludido proceso, pues por la manera en que lo plantean podemos reflexionar acerca del tema y tratar de hallar nuestras propias obsesiones, sepamos cuáles son o no. Podemos hacerlo, teniendo en cuenta los testimonios y los textos.

Algunos de los temas recurrentes en el campo literario serían los siguientes:

La muerte.

El sexo.

La locura.

La culpabilidad.

La soledad y la incomunicación.

Tenga presente que para obsesiones las de Kafka, que a mi juicio convertía sus novelas -al contrario que sus relatos, absolutamente impecables- en soporíferas e insoportables, y piense en que además, después de todo, el hombre es el único animal que **interpreta**, y modifica el entorno. La naturaleza siempre estuvo.

La Botica, revista literaria, Julio 2002.



Jon Uriarte Gómez
(POLLOS A DOMICILIO)
RÁPIDOS Y CALIENTES

Arabako
Foru Aldundia
Kultur Sola



Diputación
Foral de Alava
Departamento de Cultura